

# EL DEBER DE INSULTAR: UNAMUNO CONTRA ALFONSO XIII EN LOS ARTÍCULOS DE *ESPAÑA CON HONRA*

## *THE OBLIGATION TO INSULT: UNAMUNO AGAINST ALPHONSE XIII IN THE ARTICLES OF ESPAÑA CON HONRA*

Ana URRUTIA JORDANA  
University of San Francisco  
[urrutia@usfca.edu](mailto:urrutia@usfca.edu)

Sin lugar a dudas la etapa del exilio de Unamuno, y más concretamente la que viviera en París, sigue dando que hablar. La publicación en lo que va de siglo de la correspondencia más íntima del escritor (Unamuno, 2012), de artículos hasta ahora desconocidos (Urrutia León, 2009) y de nuevas biografías sobre él (Juaristi, 2012; Rabaté, 2009) ofrece nuevos detalles y, por supuesto nuevos interrogantes, sobre el día a día de don Miguel a lo largo de los trece meses que residió en la ciudad de la luz. Se trata desde luego de textos de gran valor que, además de constatar la situación de crisis vital y existencial por la que va a atravesar en París, crisis con la que aún hoy se suele asociar esta fase de su exilio (si bien las causas que se aducen no siempre coinciden), patentizan la actividad política del insigne desterrado. En este sentido, la reproducción de una mayoría de los artículos que redactó para *España con Honra* –semanario con fines propagandísticos en el que el exrector colaboró junto a Carlos Esplá, Vicente Blasco Ibáñez y Eduardo Ortega y Gasset entre julio de 1924 y agosto de 1925– reviste especial

importancia puesto que tales ensayos permiten perfilar la cara política de don Miguel en uno de los periodos más conflictivos de su biografía<sup>1</sup>.

Los textos que preparó para este semanario, que entraba en la península clandestinamente dada la índole subversiva de este y la imposición de la censura previa en el territorio nacional por parte del Directorio, dejan traslucir el continuado interés del escritor en las cosas de su España y un claro empeño por enterar a sus compatriotas de lo que realmente sucedía bajo la Dictadura militar del general Miguel Primo de Rivera, amén de alertarlos sobre los peligros a los que la inacción ciudadana (guiada por el miedo) podía llevar. El célebre proscrito exhorta a los españoles a actuar contra el abuso y atropello de esta «tiranía incivil»; insiste una y otra vez en la necesidad imperante de enjuiciar y ajusticiar a los autores del golpe, y critica la pasividad o, mejor, la «gallinería» de muchos liberales que pedían que se hiciera desde París lo que no eran capaces de hacer ellos en Madrid. Aun cuando el tono y los objetivos de esta «campana patriótica» tan personal no difieren en grandes líneas los de la que llevara a cabo anteriormente en Fuerteventura, cambia notablemente el blanco de sus ataques más encarnizados contra miembros del Directorio<sup>2</sup>.

En efecto, la singularidad de las colaboraciones de Unamuno en *España con Honra* radica en que sus embestidas verbales están ahora dirigidas mayoritariamente contra la figura del rey Alfonso XIII, a quien culpabiliza del éxito del golpe de Estado y a quien retrata como un «monstruo de doblez y de perversidad» que en vez de proteger al pueblo español –víctima en estos momentos de la opresión y el desgobierno de la Dictadura–, juega sin escrúpulos con él. Resulta curioso que sea el soberano y no Primo de Rivera (plato fuerte de la inquina unamuniana en las cartas, los poemas y los artículos periodísticos que escribiera el desterrado desde su confinamiento en la isla canaria) quien decididamente ocupa un plano más destacado en estos ensayos, sobre todo porque en esta revista hace hincapié en el poco peso de la Corona en el porvenir de España y porque además anuncia la «próxima» aparición de un libro suyo centrado en el manifiesto primorriverista (que nunca salió a la luz)<sup>3</sup>.

Desde luego este giro de sus diatribas políticas no significa que vaya a escatimar insultos contra el dictador o contra sus acólitos y secuaces en los informes que elabora para *España con Honra* –ni muchísimo menos–, pero el cariz antifonsista prevalece claramente en estos textos. ¿A qué se debió? ¿Dio acaso el soberano algún paso en esos días que suscitó la ira del catedrático? ¿O tuvo este en París acceso a nueva información sobre la participación de Alfonso XIII en el golpe de Estado y/o en el régimen dictatorial? ¿Pudiera ser que el «programa» del semanario –o tal vez el de sus fundadores y financiadores– exigiera una línea de actuación ligeramente diferente a la llevada hasta ahora? ¿Qué o quién motivó este renovado ensañamiento contra don Alfonso? Faltan todavía algunas piezas de este rompecabezas que es el destierro de Unamuno para ofrecer una respuesta inequívoca a estas preguntas, y afortunadamente el epistolario del periodo 1924-1930 (Unamuno, 2012) ha favorecido enormemente esta labor detectivesca; en particular, las cartas que el escritor envía a diversos destinatarios desde

su confinamiento, y muy especialmente las de carácter más íntimo que dirige a los miembros de su familia y a sus allegados durante el año largo que reside en la capital francesa, no solo reiteran mucho del contenido que difunde a través de *España con Honra*, sino que evidencian las circunstancias –tanto políticas como personales– que concurren en la etapa parisina del exilio.

Conviene indicar que hasta hace relativamente poco tiempo, una serie de factores, tales como la negativa de Unamuno de escribir para la prensa española (por lo menos desde enero de 1925), así como su desinterés por hacerlo para periódicos extranjeros (a partir de febrero), la naturaleza privada –y por lo tanto dispersa– de la mayor parte de su correspondencia del exilio y la evanescencia de los artículos de *España con Honra* antes mencionados habían obligado a los estudiosos de la materia a reconstruir mucho de su «ámbito íntimo mental» en París a partir del corpus literario de este periodo. Pero al ser este producto de las condiciones singulares de ánimo por las que atravesaba su autor, «presa de una verdadera fiebre espiritual y de una pesadilla de aguardo», lo que ha acaparado la atención de aquellos es, comprensiblemente, las frecuentes alusiones a la muerte que aparecen aquí.

Resulta irónico que aun cuando la actualidad política constituye la fuente de inspiración de todos los poemas de *De Fuerteventura a París* y de *Romancero del destierro* que le brotan en París, o de las reflexiones de *La agonía del cristianismo* y del relato autobiográfico de *Cómo se hace una novela*, los pormenores de la campaña patriótica que Unamuno lleva a cabo en dicha ciudad escaseen en estas obras. Dicho de otro modo, los textos y paratextos (prefacios, comentarios y acotaciones) unamunianos del exilio ofrecen primordialmente datos anecdóticos acerca de su rutina como confinado, en la que destaca la desmotivación y el desaliento del pensador. Sirva como botón de muestra la instantánea que proporciona en el prólogo a *Cómo se hace una novela*:

¡Qué mañanas aquellas de mi soledad parisiense! Después de haber leído, según costumbre, un capítulo del Nuevo Testamento, el que me tocara en turno, me ponía a aguardar y no sólo a aguardar, sino a esperar, la correspondencia de mi casa y de mi patria, y luego de recibida, después del desencanto, me ponía a devorar el bochorno de mi pobre España estupidizada bajo la más cobarde, la más soez y la más civil tiranía. (Unamuno, 1977b: 35-36)

De su soledad y decepción, habla también al iniciar el núcleo central de este relato:

Recibo a poca gente; paso la mayor parte de mis mañanas solo, en esta jaula cercana a la plaza de los Estados Unidos. Después del almuerzo me voy a la Rotonda de Montparnasse, esquina del bulevar Raspail, donde tenemos una pequeña reunión de españoles, jóvenes estudiantes la mayoría, y comentamos las raras noticias que nos llegan de España, de la nuestra y de la de los otros, y recomenzamos cada día a repetir las mismas cosas, levantando, como aquí se dice, castillos en España. A esta Rotonda se le sigue llamando acá por algunos la de Trotski, pues parece que allí acudía, cuando desterrado en París, ese caudillo ruso bolchevique.

¡Qué horrible vivir en la expectativa, imaginando cada día lo que puede ocurrir el siguiente! ¡Y lo que puede no ocurrir! Me paso horas enteras, solo, tendido sobre el lecho solitario de mi pequeño hotel *-family house-*, contemplando el techo de mi cuarto, y no el cielo, y soñando en el porvenir de España y en el mío. O deshaciéndolos. Y no me atrevo a emprender trabajo alguno por no saber si podré acabarlo en paz. Como no sé si este destierro durará todavía tres días, tres semanas, tres meses o tres años *-iba a añadir tres siglos-*, no emprendo nada que pueda durar. (Unamuno, 1977b: 59-60)

Ni siquiera el verse arropado y ensalzado por el nutrido grupo de exiliados españoles que se reúne a diario en el Café de la Rotonde para realizar una actividad conspiradora contra el régimen dictatorial consigue atenuar *-siempre de acuerdo a estos relatos-* la consternación que siente Unamuno. Incluso esos largos paseos a los que acostumbraba por las plazas, los bulevares y los parques de la gran ciudad, otrora vigorizantes, solo consiguen nutrir su nostalgia y abatimiento con recuerdos de su Salamanca, de los días vividos en Fuerteventura o del viaje que realizara a París 35 años antes. Estas evocaciones aparecen en los sonetos parisinos de los dos poemarios antes mencionados, en los artículos que escribe a finales de 1924 para *Nuevo Mundo* y en aquellos que envía a Argentina para ser publicados en *Caras y Caretas* entre noviembre de 1924 y febrero de 1925<sup>4</sup>.

Si bien es cierto que el desaliento que experimenta en París reaparece de continuo en sus escritos, no se puede ignorar que esta disposición anímica deriva de la infructuosidad de sus esfuerzos por «liberar» a España del «fajo de pretorianos troglodíticos» que «se han adueñado del poder», como dice en el artículo titulado «No cabe elevar el tono» (Urrutia León, 2009: 228-231). La situación política del país lo consume: no rumia ya las noticias que llegan de la península como gustaba hacer en Fuerteventura (en parte obligado por el retraso del correo a la isla), sino que las «devora» al instante. Los informes que recibe diariamente lo abruma y deprime hasta el punto de perturbar su actividad literaria y epistolar, pero no es menos verdad que logran asimismo espolear su activismo político. Unamuno continúa al pie del cañón. Siente profundamente la obligación de proseguir la misión que se ha autoimpuesto desde que inicia su destierro: luchar por la libertad, por la verdad y por la justicia, y contra la tiranía, la mentira y los que la ejercen. Lo va a hacer con las mismas armas de siempre: con esa pluma de acero que tanto daño podía hacer y con esa pasión característica de la que habla en el soneto LXXXII de *De Fuerteventura a París* (Unamuno, 1981: 129):

Me canta la pasión, y así conjuro  
con ese encanto la feroz mentira  
que arrastra a España en su destino oscuro.

Por extraordinaria que sea su desazón, y por difícil que resulte el sacrificio que está haciendo de cara a su vida profesional y familiar, la indignación que siente hacia los que (des)gobiernan en España *-y hacia los que se dejan (des)governar-* y el ímpetu con el que se enfrenta a ellos no decaen. Por eso, ni

abandona este exilio ni se va a retractar jamás de su postura contra el régimen dictatorial.

Las conferencias y los discursos que pronuncia a su vuelta a España en 1930 tras la caída de la Dictadura ofrecen desde luego una visión increíblemente politizada de su estancia en la capital francesa, muy distinta de la que se aprecia en las novelas y los poemas antes mencionados. En esos alegatos antidictatoriales (y no cabe duda de que el carácter proselitista de todo mitin y el estado de euforia de la multitud que lo aclamaba forzaba el tono de los mismos) hace alarde de una vitalidad política sin igual y de haber estado en París muy al tanto de lo que sucedía en España; aparte de presumir de haber aprendido en el destierro «lo brillante y lo lucrativo que es el papel de víctima», pormenoriza con nombre y apellidos el desfile de estadistas, mandatarios y personajes públicos, los más de ellos españoles, que le visitaron en la capital francesa mientras estuvo allí, y comparte algunas de las confidencias (siempre políticas) que le hicieron entonces aquellos visitantes (Unamuno, 1986: 71). Desgraciadamente tampoco aquí se pronuncia sobre su propia trayectoria política durante esos meses; esta habrá que encontrarla en las cartas del destierro y, sobre todo, en los artículos de *España con Honra*. Pero antes de seguir con el contenido de estos escritos políticos conviene enmarcar esta etapa del destierro unamuniano dentro del conjunto del exilio, ya que París va a suponer un cambio drástico para el escritor, incluso cuando se examina en este contexto.

Por lo pronto, cuando desembarca en tierras francesas, lo hace ya como exiliado y no como confinado, distinción que hace en el subtítulo del poemario *De Fuerteventura a París* que reza: *Diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos*. Cabe recordar que tras llegar a oídos del dictador los no tan secretos planes de fuga de Mr. Dumay, director de *Le Quotidien*, para sacar a Unamuno y a Soriano de Fuerteventura, Primo de Rivera decreta rápidamente una orden de amnistía que reciben los desterrados –muy a pesar suyo– momentos antes de dejar la isla<sup>5</sup>. Si bien el escritor se cree obligado a no aceptar el indulto y a permanecer fuera de España mientras continúe gobernando allí el Directorio, tenía que ser plenamente consciente de que el perdón oficial podía complicar ese papel de proscrito, de «víctima» como él mismo diría, que venía ejerciendo con éxito –en parte también gracias al apoyo que le había prestado la prensa internacional– desde que se publicara la orden de expulsión contra él en febrero de 1924. Como exiliado corría el riesgo de convertirse en un expatriado más y que el carácter voluntario de su nueva condición pudiera mitigar de algún modo el estrépito que la medida dictatorial había causado entre la intelectualidad española y extranjera. Pero, por otro lado, Francia se había convertido, a raíz del triunfo del *Cartel des Gauches* en las elecciones de 1924, en el lugar de acogida por antonomasia de los grupos de oposición españoles –sobre todo republicanos y anarquistas–, que encontraban en el país vecino no solo los principios y valores democráticos que tanto defendían, sino también los canales necesarios para organizarse y actuar de un modo más eficiente contra el régimen represivo que los había llevado al exilio. En el caso de Unamuno en particular, la nación gala se había hecho eco como ninguna otra de la injusticia cometida contra el escritor, y este sabía que,

aparte de fama y libertad de expresión, contaría allí con el apoyo de los grandes publicistas y políticos franceses para poder desempeñar su campaña personal.

No sorprende, por esta razón, que sea precisamente en París donde recupera, casi instantáneamente, la faceta de hombre público que tuvo que abandonar a raíz de la deportación con la que el Directorio pretendía aislarlo. Su día a día se transforma notablemente, por lo menos en un primer momento, al verse en suelo francés; de hecho, nada más llegar (el 26 de julio de 1924) a Cherburgo, desde donde iniciará el viaje en tren hacia París un par de días después, «hubo manifestación, recepción en la alcaldía, mitin en que hablaron entre otros Renaudel y Jouhaux, muy conocidos», según le cuenta a su mujer por carta (Unamuno, 2012: 74). Y una vez en la capital le llueven tantos homenajes e invitaciones para participar en actos de diversa índole, sobre todo políticos, que se llega incluso a quejar en una misiva a su amigo Cassou de no poder trabajar «a sus anchas» y de tener que «pagar la novatada» esos primeros días, aunque desde luego no parece demasiado pesados de cumplir con estos compromisos (Unamuno, 2012: 75).

Al fin y al cabo, el revuelo mediático que produce su presencia favorece la empresa que se ha autoasignado y que consiste en hacer caer a los «tiranuelos» que se han hecho con el poder en España, ultrajándola. Es consciente, pues, de los beneficios que le aporta la gran urbe, por mucho que el París de los años 20 diste de su entorno salmantino o del ritmo apacible y tranquilo con que transcurría la vida en Fuerteventura; lo reconoce en una nota a Marcel Bataillon:

Qué más quisiera yo que poder ir unos pocos a Pontigny. Pero... banquetes, reuniones, entrevistas –en que no siempre el entrevistador entiende lo que se le dice y alguna vez añade de su cosecha–, excursiones y el tener que estar al habla y en contacto con españoles. [...] Las cosas de España andan tan revueltas que nos conviene, me conviene tener un centro de operaciones, y cuál mejor que éste? Porque en cuanto a mis ensueños de aislarme en la paz y en el recogimiento, por ahora tengo que renunciar a ello. Llevo sobre mí el peso de un pueblo entero. (Unamuno, 2012: 76)

La responsabilidad que siente hace que reanude, en cuanto se instala en el hotel-residencia Novelty sito en la calle La Pérouse, su actividad periodística. Redacta primeramente los artículos que le ha encargado *Le Quotidien* sobre la situación política de España, donde critica fuertemente la conducta de los miembros del Directorio y la complicidad de Alfonso XIII con los golpistas. Para su sorpresa, el que sale a la luz el 14 de agosto de 1924 –segundo de esta serie– tiene un eco inusitado: Primo de Rivera escribe una carta al director del rotativo francés desmintiendo «oficialmente» los hechos en los que se había basado el intelectual para hacer sus críticas, entre los cuales se citaba la actuación del rey. Como bien apunta Tusell (2002: 454), esa defensa pública de Alfonso XIII por parte del dictador, fuera casual o intencionada, «vinculaba los destinos de su régimen y los de la Monarquía» desde un primer momento. La iniciativa del general produce una gran satisfacción en Unamuno (2012: 79), ya que, como le escribe a su hijo Fernando el 5 de septiembre de 1924, la achaca a

la torpeza del dictador, pero también la cree indicativa de la efectividad de sus propios ataques:

Querido Fernando,

No conservo ningún ejemplar del número en que contesté a la extraordinaria carta de Primo de Rivera, llena de respeto hacia mí. Me llamaba *savant égaré* y decía que me quisiera exento de pasión. La contestación a ese cobarde fue lo que se merece. El número que yo tenía se lo llevó Pablo a Salamanca. Me figuro que habrán hecho copias y traducciones de la carta del Ganso y de mi contestación. Ya el hecho de que se dirija a un director de periódico extranjero pidiendo una rectificación es significativo. Eso aquí ha dado la medida de su debilidad y de lo que duelen mis ataques.

Su optimismo tiene que ver asimismo con el hecho de que la dirección del periódico le había dispensado un trato muy superior al ofrecido a Primo de Rivera<sup>6</sup>. Unamuno había visto la carta de antemano, había recibido del redactor sugerencias con las que contrarrestar las «afirmaciones escandalosas» del mandatario y, por si fuera poco, había visto cómo su contrarréplica –arrolladoramente precisa e insolente– aparecía publicada bajo el texto del dictador<sup>7</sup>.

Don Miguel se anima. En su habitación recibe y escribe cartas sin miedo a que sean interceptadas o intervenidas (como ocurría en Fuerteventura), y tiene visitas de periodistas, políticos (amigos algunos, dignatarios extranjeros otros), así como editores, de las que da cuenta en la correspondencia íntima de estos días. También concede entrevistas y acepta pronunciar conferencias sobre la situación política de España y de Europa. Y quizás debido a esta afluencia de gente, y a que ahora constantemente hay quien documente sus idas y venidas, deja ya de anotar en París las ocurrencias cotidianas en ese «diario de sucesos y exterioridades», que había iniciado al dejar su hogar salmantino camino del destierro y que le serviría de almanaque en este (Urrutia Jordana, 2005: 107-112).

En cuanto al ambiente que se respira en el París de finales de 1924 y a lo largo de 1925, un auténtico hormiguero de artistas, intelectuales y personalidades de todos los rincones del mundo atraídos por el dinamismo social y cultural de la ciudad, lo cierto es que no intriga o distrae demasiado al exiliado. Se sabe, por ejemplo, que va a coincidir con John Galsworthy, Paul Valéry, Georges Duhamel, Heinrich Mann, Luigi Pirandello, Aleksandr Kuprin, James Joyce y Alfonso Reyes en el tercer *Congrès International du Pen Club* al que el pensador español acude como invitado de honor (Salcedo, 1998: 309). Mas, como ya se ha dicho, le interesa o, mejor, le obsesiona lo que sucede en España. La necesidad de hacer saber lo que ocurre allí, de ayudar a acabar con la tiranía, se convierte en monomanía (pese a los altibajos anímicos que experimenta) a lo largo de sus trece meses en la capital francesa. En un principio la atención que le dedica la prensa extranjera, los incesantes agasajos, la frenética actividad en la que se ve sumido y, en fin, el «mundanal barullo» que se crea a raíz de su llegada a París convencen al escritor no solo de la eficacia de su actuación (inclusive las arremetidas contra

el dictador y demás «tiranuelos»), sino de la debilidad del régimen e incluso de la pronta caída de este, lo cual le anima a seguir desempeñando el papel de proscrito que viene realizando hasta ahora. La correspondencia íntima de estos primeros días rezuma energía y convicción sobre la postura política que mantiene, amén de un verdadero malestar ante la pusilanimidad de algunos liberales en España que dejan que otros hagan por ellos y que no comprenden que esta dejadez favorece la continuidad de tan afrentoso régimen:

Estoy seguro, segurísimo, que si una veintena, aun menos: una docena de hombres significados envían desde aquí declaraciones firmadas –no *interviews*– al extranjero diciendo la verdad eso no dura. [...] Tiene mucha gracia cuando los cobardes de ahí preguntan qué es lo que aquí se hace. Es ahí donde tienen que hacer. Yo les he dicho que si preparan un acto público, un mitin, una sesión –en el Ateneo, Casa del Pueblo, un teatro, etc.– me comprometo a ir y sin estar anunciado tomar en él parte, decir lo que haya que decir, y que me metan en la cárcel y... que los demás se dispersen dejándome en ella. Estoy seguro de que ahora no se atreverían a disolver una manifestación.

Solo a favor de la vergonzosa cobardía que tiene postrados y envilecidos a los más de los españoles pueden obtener algún resultado, siquiera transitorio, los procedimientos inquisitoriales de la mala bestia de M. Anido. Que más que un tirano es un pedante de tiranía y un enano de la venta.

[...]

Si una docena de hombres significados se proponen hacer pública su condena del régimen dictatorial, ahí o en el extranjero, ese régimen acabará mucho más pronto. Si cuando a Melquíades Álvarez se le negó el permiso para hablar en público habla sin permiso o da a un diario extranjero su juicio no le ocurre nada. Y si llegan a proceder contra él mejor para todos y para él mismo. [...] Y nada más fácil que acabar con esta ignominia de botarates aprovechados.

Basta no hacer caso de sus amenazas y gritar la verdad aun exponiéndose a que le encarcelen a uno por ello. La fortaleza de la dictadura es más endeble que la de Jericó. Se caerá ante cuatro voces. Ni falta prensa clandestina. Se debe y se puede conspirar al aire libre y a voces y en la calle. (Unamuno, 2012: 79-81)

Conviene hacer un aparte y notar que este recelo, que va a ser una constante a lo largo de su destierro, no es nuevo. Unamuno ya había criticado, en particular durante la primera Guerra Mundial, la mala costumbre de los españoles de delegar toda responsabilidad en la autoridad; y por ende nunca cejará en su intento de persuadir a sus compatriotas de la importancia de cobrar conciencia política e individual para actuar en los asuntos internos del país<sup>8</sup>. En las cartas de París –tanto en las que dirige a su familia y amigos, como esa especie de misiva abierta que titula «A nuestros amigos» y que publica *España con Honra*– vemos cómo ese malestar inicial por la indolencia y flojera de su pueblo se transforma en indignación. Para él,

lo más triste de la tarea que nos hemos impuesto con este pobre semanario de vida tan precaria son las voces –muy bajitas que nos llegan de nuestros *amigos*



de España ‘pidiendo’ que hagamos desde aquí lo que no se sienten capaces de hacer desde allí. (Urrutia León, 2009: 218-220)<sup>9</sup>.

Volviendo a París, vemos cómo ese convencimiento inicial de un regreso inminente incluso le empuja a hacer números de nuevo; el llevar bien las cuentas constituía otra de sus debilidades, pero al parecer había abandonado por completo este quehacer durante los meses de confinamiento en Fuerteventura. El epistolario íntimo de esta época muestra un renovado interés en esta tarea fiscalizadora. Unamuno pide a los suyos (sobre todo a Concha) que anoten cuidadosamente cada ingreso, que le informen sobre su reposición en la cátedra y los sueldos retenidos, que le digan qué dinero se ha abonado de la representación de sus obras, etc.<sup>10</sup>. Parece querer tener todo en orden para cuando se normalice la situación en España y se encuentre de nuevo entre los suyos. Más adelante, tras confirmarse la suspensión de empleo y sueldo por real orden (que él tanto temía), estas pesquisas sobre finanzas tienen otra razón de ser y otra urgencia: el propio sustento. De ahí que apremie en estas cartas a miembros de su familia a que indaguen sobre cheques que deberían haber recibido y a que le envíen ejemplares y artículos anteriormente publicados, guardados en Salamanca, que quiere entregar ahora a aquellos editores que los solicitan. Debe evitar apuros económicos. Pasa a estar muy ajetreado en asuntos editoriales –traducciones, contratos, nuevas ediciones de libros, etc.–, pero la situación política le pesa y hace que tenga muy pocas ganas de trabajar o de escribir. El 25 de junio dirige una carta a su amigo Wenceslao Roces en la que alude a estas circunstancias:

Mi silencio, largo o no, nada tiene de misterioso. Escribo muy poco, poquísimos y a muy pocos. ¿Para qué? ¿Para repetir siempre lo mismo? El curso de las cosas no depende de aquí sino de ahí. Además como tenemos que vivir nos es forzoso ocuparnos en menesteres de subsistencias y solo el ver gentes –editores v. gr.– lleva mucho tiempo. (Unamuno, 2012: 130)

Ese trajín incesante de la gran urbe que infundía optimismo en el emigrado político recién llegado, el ruido y la velocidad a la que todo transcurre le pasan a incomodar y a agobiar, dado que acentúan cada vez más la lentitud con la que marchan los asuntos en España y, por lo tanto, su ansiedad. Don Miguel no consigue abstraerse. En vilo constante por saber lo que ocurre en su país, sigue acudiendo a La Rotonde, donde republicanos exiliados y algunos estudiantes se reúnen todas las tardes para comentar las noticias que llegan de la península<sup>11</sup>. Desde luego el ambiente de la tertulia gusta al exrector no tanto por el hecho de que siempre fue hombre de corrillos, sino más bien porque estas reuniones le permiten constatar el respeto y la admiración que sigue despertando entre jóvenes y no tan jóvenes; sin embargo, esa rutina también evidencia la ineficacia política de esta peña de «activistas» políticos y así lo confirma Francisco Madrid, corresponsal durante la Dictadura de Primo de Rivera de *El Liberal* y del *Heraldo de Madrid*:

[...] todos los que llegaban, senadores, ex diputados, profesores, estudiantes, turistas, algunos policías honorarios, ciertos enviados especiales de la Embajada, confidentes profesionales y amateurs, etc., iban dando opiniones sensatas o insensatas de lo que había ocurrido, regocijándose con las notas oficiosas

del dictador o hablando contra cualquiera de sus ministros... Confiaban todos en todos y seguían esperando un mañana venturoso... Había en todos los emigrados, voluntarios o no, un deseo ferviente de hacer algo, pero este algo no se concretaba en ninguna acción posible. (Madrid, 1930: 35)

La esterilidad de ese frenesí va a contribuir en gran manera a acrecentar la impaciencia y agitación que siente en estos momentos:

Es que no pueden figurarse mi estado de ánimo, ni lo que es vivir en ansiedad y expectativa continuas. No es que me falte tiempo, no; es que me falta sosiego. Sigo devorando la historia que pasa. Me paso las horas muertas -¿muertas?- tendido sobre la cama, mirando al techo del cuarto -no al cielo- y soñando en el porvenir. La agonía de España es algo trágico, porque voy creyendo que es España la que agoniza<sup>12</sup>.

La resolución de la que hablábamos antes, aparente en las primeras cartas que dirige a su esposa e hijos, se transforma definitivamente tras la inauguración del nuevo curso académico, en octubre de 1924. Contra todo pronóstico suyo la Dictadura no acaba de caer y él, en vez de encontrarse en su España para impartir clases en la universidad, sigue desterrado. El exilio alcanza una nueva dimensión y da lugar a un sinfín de altibajos espirituales perceptibles, sobre todo, en su correspondencia. Vemos que, por un lado, se cuestiona el porqué y el para qué de su misión, consideración que a su vez desemboca en esa otra reflexión sobre la razón de su existencia, sobre la finalidad humana, visible en muchos sonetos parisinos de *De Fuerteventura a París*, en *La agonía del cristianismo* y en *Cómo se hace una novela* (Urrutia Jordana, 2003: 101-121). Pero, por otro lado, y este es el aspecto que queremos resaltar por ser más desconocido, don Miguel extrema su lucha, al menos durante parte de este tiempo. La cólera que siente hacia dirigentes y dirigidos, y esa responsabilidad que se autoimpone como ciudadano, lo empujan a ello y le imbuyen de esa efervescencia que transmite la literatura de combate, en particular la de carácter clandestino. Y es que como le explica a Salomé a principios del nuevo año: «Para no poder acusar ahí públicamente a esos jefes de asesinos y ladrones mejor estoy aquí. La lucha va en serio. Yo no hago falta ahí sino aquí» (Unamuno, 2012: 101).

La llegada de Blasco Ibáñez a París por esos días va a infundir nuevos ánimos en el desterrado. El escritor valenciano acaba de regresar del largo viaje alrededor del mundo que iniciara un mes después de producirse el golpe de Estado. Pese a que en un principio elige no hacer declaraciones (que tanto codiciaban aquellos periodistas extranjeros conocedores de su agresividad verbal y de sus opiniones políticas), una vez de vuelta en su residencia de Menton, en la Costa Azul, cambia de parecer. No puede, dice, permanecer impasible ante la situación por la que atraviesa España y se muestra decidido a hacer algo concreto -y como era de prever en él, muy sonado- para derrocar la Dictadura, acabar con la Monarquía e instaurar una República (Esplá, 1940: 51-75).

Existen opiniones muy divergentes sobre las verdaderas razones por las que Blasco Ibáñez rectifica su actitud inicial para lanzarse de lleno al ataque: algunos historiadores y amigos apuntan al aburrimiento que empieza a sentir tras su viaje o incluso a un oportunismo financiero ligado a las ofertas de editoriales extranjeras para un estudio «de muchas páginas» sobre la situación de España; alegan que Blasco Ibáñez había dejado claro que seguía al margen de la política, tanto en sus declaraciones a periodistas como en las cartas que envía a los amigos. Otros biógrafos, no obstante, destacan la trascendencia de esta decisión del escritor de volver a la lucha. En este sentido aseguran que, si bien es cierto que Blasco Ibáñez a menudo «teatralizaba» sus actos, en este caso había ponderado la cuestión largamente y era muy consciente del peso que su nombre y su fortuna tendrían para una campaña internacional de envergadura contra el régimen primorriverista (Caudet, 2013; Gascó Contell, 2012; Reig, 2002; Tusell, 2002).

Su correspondencia con Santiago Alba, quien también se hallaba exiliado en París y que como se verá más adelante va a actuar de consejero e informante político de Blasco Ibáñez, confirma que este había sopesado los pros y contras de tal decisión. En mayo de 1924 le comunica al exministro el gran interés de los periódicos extranjeros por publicar un trabajo de observador «con una mentalidad moderna e internacional» sobre el momento político, y no oculta su desinformación en lo relativo a política española. Por último, cuestiona que el momento para dicha acción sea el propicio:

No sé nada de España. Solo veo los diarios que es algo así como verle el culo a Miguelito, la contrafigura de Obregón.

En un rato de conversación con su señora supe más cosas que en muchos meses. Es una verdadera lástima que yo viva en esta ignorancia. Por tres veces han venido a buscarme los grandes sindicatos de periódicos de los Estados Unidos y de Inglaterra, para que les escriba un artículo sobre la situación de España, pagándomelo como le pagan allá. Uno de estos sindicatos es de más de 700 diarios. Yo les he contestado que a pesar de ser español sé menos de España que ellos.

Anteayer me escribió «La Revue de Paris» que usted sabe es una publicación sesuda y de gran resonancia, pidiéndome un estudio de 25 o 30 páginas sobre la situación actual de España y le contesté lo mismo. Además no sé si en el presente momento un cañonazo de esta clase daría en el blanco o después de pasado el primer revuelo de la sorpresa resultaría una salva ineficaz. [Archivo Alba, BRAH (10/125-2)]

Dos semanas más tarde, en una carta fechada el 22 de mayo, le revela a Alba las indicaciones de los grandes magazines con respecto al tipo de juicios que realmente esperaban que emitiera para este estudio sobre la realidad española, con los que Blasco Ibáñez se sentía del todo acorde:

Como se trata de un estudio de muchas páginas, casi un cuarto de volumen, desean que tire alto y lejos, que no me entretenga en apuntar a Primo de Rivera,

que tal vez no es más que un «delegado» o una «consecuencia». Quieren que tire contra el verdadero blanco y yo por mi parte si escribo será para esto, pues cada día soy más republicano y más enemigo de los Borbones. La prueba material es que me resulta imposible vivir en España y no viviré nunca de un modo permanente mientras reine en ella esa especie de gorila, chistoso y achulado. (Archivo Alba, BRAH)

Queda claro por lo tanto que Blasco Ibáñez no se precipita a la acción y de hecho, según indica su biógrafo Ramiro Reig, se dedica durante varios meses a liquidar asuntos pendientes –sobre todo sus compromisos literarios en EE. UU.– a tomar las debidas precauciones (sabía que el Gobierno lo represaliaría) y a informarse debidamente del estado de opinión de los españoles. Y mientras tanto va hilvanando su plan teniendo muy presentes las técnicas de *marketing* usadas en el extranjero:

Preparó la *rentrée* política con la precisión de un experto publicitario. Siempre tuvo un agudo sentido del espectáculo y de la forma de captar la atención del público, y su estancia en Estados Unidos le puso en contacto con los medios de comunicación más importantes y con su manera de actuar. Allí aprendió las técnicas de promoción de una noticia y se dispuso a aplicarlas al presente caso, comenzando por elegir el momento oportuno. (Reig, 2002: 227)

Quiere ante todo poder «pillar desprevenido al enemigo; sorprenderle con un bombazo en la cabeza» y para ello necesita que le «sigan creyendo alejado de las cosas de España, indiferente a ellas y dedicado a la bella y amena literatura en absoluto», lo que desde luego despoja de toda relevancia aquellas aserciones sobre su gran desinformación política. Por otro lado, vemos que no hay arrebatos alguno en su modo de actuar. Sabe que necesita contar con el apoyo de los políticos e intelectuales como Unamuno que se encuentran exiliados en la capital francesa, amén de otros opositores de renombre:

Además prefiero dar el golpe a principios de invierno que ahora. Me es necesario igualmente el tiempo para organizar las cosas de modo que el ataque parta a la vez de París, de Londres y de Nueva York no siendo yo el único que cante, teniendo detrás un coro de escritores célebres y de grandes celebridades políticas de todos los países. (3-VI-1924, Archivo Alba, BRAH)

Por eso viaja a París en el otoño de 1924. Para entonces Blasco Ibáñez ya se había puesto en contacto con Esplá, periodista alicantino al que había conocido en Valencia y que se encontraba ahora en París como corresponsal de un rotativo valenciano (*Las Provincias*), para pedirle que le fuera enviando material informativo sobre lo que acaecía en España o sobre lo que Alba le pudiera facilitar al respecto. Esplá se las ingenia para concertar el encuentro entre el vasco y el valenciano en París, ya que ninguno de los dos parecía estar dispuesto a ser el primero en visitar al otro –claramente una cuestión de temperamentos y de amor propio– a pesar de que uno y otro escritor tenían mucho en común en esos días:

por un lado, a ambos les carcomía la misma aversión hacia los autores del golpe de Estado y hacia la complacencia con la que sus compatriotas habían aceptado este, pero, por otro, los dos escritores compartían un profundo sentido de su obligación moral. Una vez salvado el problema de la entrevista, Blasco Ibáñez le comunica a don Miguel su intención de poner su nombre, dinero y pluma al servicio de España. Aprovecha asimismo su estancia en París para escribir una arremetida feroz contra Alfonso XIII en *Le Quotidien*, y acude a alguna de las tertulias de La Rotonde. En noviembre de 1924 ve la luz su primer folleto libelista, «Una nación secuestrada. El terror militarista en España», en el que Blasco Ibáñez muestra sin reparo sus dotes de panfletista, su hostilidad hacia el rey (deja claro que el monarca es contra quien tira aquí) y su respeto por Alba y Unamuno. El escrito, que se introduce en la península clandestinamente, tiene gran repercusión en Francia, Inglaterra y Estados Unidos –se tradujo casi inmediatamente al francés y se hicieron dos ediciones en inglés– y produce gran irritación en el Gobierno dado que, como indica Reig (2002: 229), «aunque [el folleto] no podía ser leído en España, al ir unido el nombre de Blasco Ibáñez le desacreditaba en los países donde este era conocido», lo cual celebran los exiliados<sup>13</sup>.

En vista de estos resultados, Blasco Ibáñez les propone a Unamuno, Eduardo Ortega y Gasset y Esplá fundar un boletín dirigido a los españoles del interior que informe sin tapujos ni mentiras de las maquinaciones del Gobierno. Se ofrece también a financiar la revista hasta que se consigan suscriptores y donaciones de los lectores que garanticen su funcionamiento y continuidad. Cree (como el resto del grupo) que la clandestinidad –necesaria para que se conserve intacto un contenido que de otra manera sería censurado– aumentará considerablemente la curiosidad de muchos y favorecerá su divulgación, objetivo principal de la revista<sup>14</sup>. Nace así *España con Honra*. El semanario, que más adelante se va a convertir en una publicación quincenal, ve la luz el 20 de diciembre de 1924. Desgraciadamente, antes de que la revista cumpla un año, la falta de dinero imposibilita su continuidad. Si bien sabemos que se pensaba lanzar un último número en diciembre de 1925, solo se ha encontrado hasta el n.º 37, fechado el 10 de noviembre de dicho año (Urrutia León, 2009: 197 y 199)<sup>15</sup>.

El nombre que se le da al impreso, *España con Honra*, resulta altamente significativo. Según explica el propio Esplá, lo había sugerido Blasco Ibáñez en honor a ese grito, emblema de la España liberal y democrática, con el que estalló la Revolución de 1868 (Esplá, 1940: 58). La referencia aparece claramente delineada en la advertencia que, sobre el propósito de la revista, se hace en la portada del primer número:

Nuestro título y las firmas que honran este número son nuestro mejor programa. Al grito de ¡Viva España con honra! cayó la raza espúrea de los Borbones. Ahora contribuiremos a echarlos de España para siempre.

*España con Honra* publicará artículos de Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez, Eduardo Ortega y Gasset y de todas las personalidades españolas que trabajan hoy por implantar una República en nuestra patria.

Cuando la censura ahoga en España la libre difusión de las ideas, nuestro semanario llevará a los hombres liberales, a los buenos ciudadanos, la esperanza de una República democrática, civil y digna. (Urrutia León, 2009: 197)

Ni una sola mención a la Dictadura, ni a Primo de Rivera. La intención de «echar» –ni siquiera se habla de «derrocar»– a Alfonso XIII para instaurar un nuevo gobierno democrático no puede resultar más obvia, aunque sorprenda en el contexto histórico de la España dictatorial. Más misterioso aún es que Unamuno, convertido en el símbolo de la inteligencia española por su crítica acerba de la Dictadura y de sus directivos, decida ahora seguir el designio de la revista y opte por dirigir casi exclusivamente sus diatribas contra la figura del rey porque, además, no siempre hace lo mismo en su correspondencia. Y si bien tiene razón Urrutia León cuando dice que «la lucha contra la Dictadura militar [...] es también una lucha contra la Monarquía y por la República, pues la caída de la Monarquía se había convertido en una condición previa para la instauración de un régimen democrático y liberal», los textos unamunianos de *España con Honra* testimonian principalmente un marcado antialfonsismo y no una actitud antimonárquica. El nombre, el cargo y/o la conducta del soberano se mencionan en once de los quince textos reproducidos del semanario, y a pesar de que no faltan comentarios virulentos contra el dictador o contra Martínez Anido, y hasta contra la pasividad de los españoles, predominan los dicerios contra el soberano. Hay incluso una carta abierta de título irónico, «A don Alfonso de Borbón y Habsburgo-Lorena, todavía Rey de España», donde don Miguel se hace eco de unas declaraciones bochornosas del monarca a dos periodistas franceses, que constituyen de por sí la mejor propaganda contra Alfonso XIII.

Huelga decir que la inquina unamuniana contra el rey ya se había dejado sentir antes del golpe. Está muy presente en la activísima campaña de oposición al poder público y a la Corona que inicia el escritor en 1917 y que llega a su momento más crítico en 1920 cuando es procesado y sentenciado a varios años de cárcel por las injurias contra el Borbón contenidas en uno de sus artículos; sabido es que nunca sirvió la pena que se le imputó gracias a un indulto regio que él siempre tildó de «rencoroso». En enero de 1919 Unamuno escribe una carta abierta en la que acusa al monarca –no a la institución per se– de ser el «verdadero obstáculo tradicional a la libertad y la democracia» en España (Unamuno, 1977a: 190-192); echándole en cara su duplicidad y la falta de principios a la que conduce ese afán de mando y de poder que informan todas sus acciones, recriminaciones que volverá a hacer más adelante desde *España con Honra*. Y, a raíz de la campaña de Marruecos, el entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras se dedica a atacar las ambiciones colonialistas de Alfonso XIII, en particular su capricho de un «Vice-imperio Ibérico» (en su opinión, un verdadero «desquite» real por el hundimiento colonial de 1898), las cuales llevan al monarca a inmiscuirse en asuntos de Estado y a tomar decisiones fatídicas que llevarán al desastre de Annual de 1921. Por último, vuelve a incriminarle por su participación en la maniobra sediciosa del 13 de septiembre y por ponerse prontamente al servicio de Primo de Rivera y de Martínez Anido; esta censura está patente en las cartas,

en los artículos y, sobre todo, en los poemas del destierro, como demuestran los comentarios a los sonetos V y XIII de *De Fuerteventura a París* (1981):

Cuando vi la última vez a Don Alfonso XIII, me dijo, entre otras cosas, que ya notaba cómo pedía yo que se depurasen las responsabilidades por el desastre de Annual, por la santiagada del general Silvestre –«¡olé los hombres!»–, y añadió: «Sí, sí, deben depurarse todas y las de todos, incluso las mías si me alcanzasen». Trataba, con su característica doblez, de desarmarme. Y luego ayudaba al golpe de Estado para impedir que se llegase a depurar la responsabilidad –la mayor de todas– que en la disolución moral y en el derrumbe de España le cabe. (22)

A raíz del crimen contra la Constitución cometido el 13 de setiembre de 1924, Don Alfonso dijo a uno de los embajadores extranjeros: *Maintenant, je suis le maître*. ¡Amo! ¡Señor! Amo no ha sido nunca. Para ser amo es menester empezar por serlo de sí y de su lengua y de su firma. El que cometió la vil cobardía de aceptar el Directorio nunca puede ser amo de nadie ni de nada. Y lo de por amor a España es mentira. España no ha sido nunca su patria, sino su patrimonio. Y fundamentalmente la desprecia. (35-36)<sup>16</sup>.

La poca o ninguna estima que Unamuno siente hacia Alfonso XIII puede apreciarse igualmente en la correspondencia de la época parisina, donde lo tacha de «miserable» e «indigno», de ser «tan tonto como perverso», un listo sin talento aunque consciente de que «de no estar en el poder o protegido por este tendría que salir de España» (Unamuno, 2012: 74-139). Pero por encima de todo la imagen del soberano que traslucen las cartas de don Miguel es la de un «pobre pelele» que ya no sabe cómo salir del embrollo dictatorial en el que se ha metido y al que no hay que prestar mayor atención puesto que nada ni nadie lo puede ya salvar, ni siquiera los militares. Insiste en que caerá por su propio peso y en que no le quedará más remedio que abandonar su puesto en cuanto los españoles se deshagan de los «junteros», a los que el exrector considera verdaderos amos del país. Unamuno (2012) expone este punto y la estrategia a seguir en la misiva que escribe para Filiberto Villalobos en noviembre de 1924:

Y por lo pronto, la batalla no es por el Rey ni contra el Rey; la batalla es por la civilización o contra la civilización. Y va a ser ruda, imuy ruda!

Yo digo aquí a todos los que vienen a verme que por de pronto hay que diferir el juicio y la sentencia sobre el Rey y hasta que favorecer –sin ponerse a su servicio ¡claro!– el que se desembarace de aquellos a quienes se entregó y de quienes esperó que le procuraran un poder personal. ¿Qué luego será más difícil echarle a él? No lo creo sino todo lo contrario. Y en cambio si le echan los junteros, los sindicalistas de teresiana, volverá y volverá con una fuerza, que gracias a Dios, hoy no tiene. ¿Y echarlos a todos juntos? Esto, por el pronto, no es posible. Hay el peligro de la locura anarquista y de la locura comunista. [...] Lo que los miopes llaman hoy querer salvar al Rey es querer salvarnos todos de la barbarie troglodítica. ¿A qué conduce ejecutar a un reo en un buque que se está hundiendo? Primero salvarse, salvar el buque y después juzgar al reo y condenarle a la pena que en la justicia le toque. –«Ah, es que si no le

ejecutamos antes, luego no se podrá, no se hará» –dicen. ¡Hombres de poca fe!– Y además si se empeñan en ejecutarle antes, el buque se hunde irremisiblemente. Se lo repito; si se le echa al Rey sin haber abatido el aparente poder de los junteros, sin haber deseado su espantajo, sin haber reducido al oficialato sedicioso, el Rey volverá. Y volverá como pasado por el Jordán. Y volveremos a todas las vergüenzas de ese miserable Borbón y Habsburgo-Lorena, volveremos a lo peor del llamado antiguo régimen. (91)

El desterrado cambia de parecer, sin embargo, sobre la táctica que conviene más –si librarse de primero de los junteros o deshacerse antes de aquellos políticos del antiguo régimen que apoyaron la maniobra insurgente– de cara a derribar la tiranía que oprime a España. Plantea la cuestión en la epístola que le envía a un amigo salmantino en diciembre, donde no asoma la menor duda sobre lo que piensa de Alfonso XIII. Nota aquí que «lo que es imposible, moralmente imposible, es salvar al Rey»:

Yo he estado creyendo que de momento había que concentrar todos los fuegos contra la dictadura militarista, o acaso mejor de la guardia civil, contra lo que representa el M. Anido y hasta ayudar indirectamente al Rey a que, para poder abdicar con algún decoro, se desembarace de ellos. Con castigo ¡claro está! A los fautores del golpe del 13 IX 23 y no solo por lo que han hecho después sino por el golpe mismo. A esto me decían que si vuelven los del antiguo régimen –pase la expresión– ya sería difícil echarles y al Rey. A lo que yo replicaba que se le echa primero al Rey con ayuda de militares más o menos dictatoriales de los que contribuyeron al golpe, el Rey volvería y con más fuerza.

Empiezo a cambiar en vista de la actitud de los partidos sedicentes liberales y a creer que si estos no se declaran francamente republicanos estamos perdidos. *Los políticos antiguos que no crean poder sobrenadar en un régimen republicano no son liberales ni patriotas.*

En cuanto al Rey quiere aprovechar el espantajo del bolchevismo. Lo de haber estado preso de los militares puede haber sido otra travesura fernandina de él, una ficción para hacerse la víctima y engañar mejor. (2012: 93-94) [La cursiva es del propio Unamuno]

Un poco más adelante, pero en la misma carta, añade:

No sé lo que durará el Directorio ni si seguirá en el Poder, mejor en la impotencia, cuando reciba usted esta carta. Dudo que haya liberales de verdad que lo acepten transigiendo con el M. Anido y Cia y sin procesar a los del golpe de Estado, y sé que si el Rey tiene que pasar con que se les eche y se les procese a esos, tiene él que irse. Porque todo el problema estriba en cómo se ha de ir y no con billete de ida y vuelta. E irse después de librarnos de militares. Presumo que tendrá que irse huido y solo. Si no, puede caer envuelto en fango –ya lo está– y en sangre ajena e inocente.

Las referencias epistolares a Alfonso XIII, más exiguas a partir de diciembre de 1924 salvo alguna notable excepción (como la que les envía a sus compañeros



de la Unión Liberal el 16 de mayo de 1925), continúan en la misma línea; para Unamuno el rey está ya perdido y deshecho, y ni él ni su dinastía pueden ya salvarse. Está, dirá, más muerto que vivo y por eso no corre ninguna prisa sacarlo de España; es más, según le explica a Joaquín Casaldueiro, «aún puede prestar algún servicio su cadáver» (Unamuno, 2012: 109). Repite el comentario en la carta que le dirige a José Castillejo (2012: 134), cuando dice, en referencia a qué hacer con el rey, que se trata simplemente de «que llegue ocasión de enterrar un cadáver insepulto»<sup>17</sup>. Considera más peligroso el «maniobreo» de los junteros, que buscan impedir a toda costa que se vuelva a lo de las responsabilidades, y las maquinaciones de los que diciéndose liberales apoyan el borrón y cuenta nueva, temas que trata ampliamente en *España con Honra*.

La desidia con la que trata al monarca en la correspondencia de este periodo hace que extrañe el modo en que vilipendia su figura en los más de los artículos de *España con Honra*. La destemplanza y el descomedimiento con los que se ocupa de un personaje al que juzga inocuo en los mensajes que envía a sus allegados y al que no había atacado tan duramente como a Primo de Rivera (tras recibir la orden de destierro) llaman inmediatamente la atención. Además, no hay que olvidar que en estos momentos Unamuno prácticamente solo redacta artículos políticos para *España con Honra* dado que se niega a pasar por la censura a la que está sometida la prensa en España, y porque además tiene pocas ganas de escribir para América (Unamuno, 2012: 106). Son meses difíciles para él, ya lo hemos dicho, en los que se siente descorazonado ante las noticias poco esperanzadoras que le llegan sobre la situación de España y ante la prolongación de un exilio que le empieza a pesar. ¿Por qué entonces derrochar energía en un personaje secundario?

El primer número de la revista –que reproduce las declaraciones del ilustre exiliado a la prensa portuguesa sobre la situación de España– permite percibir este giro de la campaña política de Unamuno. La crítica que dirige a Alfonso XIII, si no nueva, sí resulta mucho más directa, tajante e insultante, más acorde con la línea panfletaria de Blasco Ibáñez que la de los textos periodísticos que había escrito don Miguel tras el golpe de Estado. Su exposición denota un auténtico interés por desenmascarar al monarca y por menoscabar la monarquía, sacando a relucir las taras del carácter del rey y la actuación deshonrosa, degradante y denigrante de este gobernante para con los españoles:

Respecto al rey, verdadero monstruo de perversidad, todo lo que se diga de su doblez y de su mala fe es poco. Es capaz de haber hecho que le tengan bajo vigilancia de unos oficiales, y hasta intervenida su correspondencia para presentarse como víctima. Se cree maquiavélico y hábil y se jacta de jugar a dos barajas. Cree engañar a unos y a otros. Pero no engaña a nadie. En el fondo es un abúlico voluntarioso y un listo sin talento. Su arma principal es la mentira. Dice, por ejemplo, que cuando yo acudí en 1922 a la llamada que dirigió, fui yo el que pedí la entrevista y para reconciliarme. Sabe que fue él quien la solicitó y por miedo, que no hubo tal reconciliación, que sufrió una requisitoria y no logró lo que buscaba, que se portó sin majestad alguna pidiendo clemencia y

que no consiguió engañarme. Y debe saber que un vasco como yo, que mientras hace un juego de manos explica en qué consiste, es mucho más hábil que un biznieto de Fernando VII que cree que mentir es habilidad. Sabe que me he propuesto ayudar a tirarle y que lo tiraremos. Y sabe que no es por despecho, pues de haberlo querido habría obtenido de él lo que me hubiese antojado, sino que es por patriotismo; sabe que puedo perdonarle el daño que me ha hecho pero no el que hace a mi patria. (Urrutia León, 2009: 202-203)

«Sabe que me he propuesto ayudar a tirarle y que lo tiraremos». El comentario no puede ser más ilustrativo. Coincide plenamente con el propósito que anuncia *España con Honra* y el de sus colaboradores, especialmente Blasco Ibáñez (sin duda el impulsor de la revista)<sup>18</sup>. No se trata de una acción individual de Unamuno, sino conjunta, y así parece indicarlo con ese «lo tiraremos», lo que de alguna manera indica un cambio drástico para quien siempre había rechazado pertenecer a grupos o partidos políticos. El índice de los artículos de la revista confirma que el rey –sus declaraciones insensatas, su deslealtad, su germanofilia, etc.– es también el blanco de los ataques de muchos de los escritos que conforman cada número. Además, los otros folletos que hace y distribuye Blasco Ibáñez por ese entonces tienen como principal objetivo destruir por todos los medios posibles la imagen de Alfonso XIII.

El epistolario del destierro unamuniano y la correspondencia de Blasco Ibáñez desvela que otra posible razón de ser de los artículos antialfonsistas del que era conocido en España como «Comité revolucionario de París» pudo deberse a la información que Alba proporcionaba al grupo y a la que compartió el periodista Federico Santander con Unamuno tras visitar aquel al rey (el 13 de septiembre de 1924). El exministro de Estado, que se encontraba exiliado en Francia desde que se impuso el Directorio, se reunió en varias ocasiones con Unamuno en París y fue –según se desprende en las cartas– quien más datos, noticias e impresiones suministró para la redacción de estos artículos; según explica él mismo, «tenía las pruebas de los más sucios enjuagues del rey» y razones más que suficientes para desquitarse del daño que le había hecho Primo de Rivera (haciendo registrar su casa, examinando minuciosamente los papeles y expedientes en su antiguo despacho y acusándolo de acciones infundadas), y de su resentimiento hacia Alfonso XIII, en quien había confiado (Unamuno, 2012: 97). Fue asimismo el principal confidente político de Blasco Ibáñez (antes, durante y después del viaje de este a París), pero prefirió siempre los encuentros cara a cara, evitando hacer declaraciones por escrito que pudieran comprometerlo más adelante. Las misivas del escritor valenciano subrayan el interés y evidente involucración del político en el semanario (García Queipo de Llano, 1988: 219)<sup>19</sup>.

Por otro lado, el nombre de Santander sale a relucir (o, cuando menos, es aludido) en cartas y en artículos unamunianos de *España con Honra* por los sinsentidos que don Alfonso compartió con el que fuera redactor de *El Norte de Castilla*. Don Miguel se ceba con los comentarios regios que entresaca de la misiva que Santander le envía en el primer párrafo de su artículo «Orden es justicia», publicado en el número 10 (21 de febrero de 1925) de la revista:

El día 13 de setiembre del año próximo pasado, en el primer aniversario del crimen contra la patria, la justicia y la humanidad, un amigo mío visitó a Don Alfonso de Borbón y Habsburgo Lorena y éste le dijo, entre otras cosas, que «si se facilitase una solución sinceramente liberal el rey la *aceptaría gustosísimo*». Copio los términos mismos de la carta de mi amigo, de quien es el subrayado. Y al leerlo me pregunté: «pero ¿qué es lo que entiende por sinceramente liberal el Habsburgo?, ¿qué entiende por sinceridad?». Y pensé, y así se lo escribí a mi amigo, que su rey no podrá encontrar no ya liberales, mas ni personas honradas, ciudadanos justos, que le facilitasen una solución sinceramente liberal. (Urrutia León, 2009: 210)<sup>20</sup>.

La frivolidad del rey es el tema de otro artículo, «Masculinidad completamente caracterizada», publicado el 10 de enero de 1925, donde Unamuno se dedica a enumerar las salidas nada acertadas de este señorito que busca «mostrarse ingenioso e instruido», pero que solo consigue dejar al descubierto una necedad flagrante:

Un sujeto cualquiera se manifiesta en una frase. Varias son las de Alfonso XIII –le llamamos sujeto y no hombre– en que se ha desnudado lo que en él hace las veces de alma. Hay el telegrama de «iolé los hombres!»; hay lo de llamar a los prisioneros de Annual «carne de gallina», hay lo de decir a los bilbaínos que estaban rascándose la barriga –e hizo un gesto por debajo de ella–, y hay otras. Una vez encontró en Palacio a un médico amigo nuestro –y por quien sabemos el dicho– que iba a visitar como facultativo a la madre de Doña Victoria y suegra del XIII, y al enterarse de ello le preguntó: «¿qué, la *diña*?». Y eso que doña Beatriz no sabemos que deje herencia<sup>21</sup>.

Tusell (2002) y Cardona (2010) explican en sendas biografías de Alfonso XIII que aun cuando no constan pruebas documentales de estos deslices regios, nadie parece poner en tela de juicio las imprudencias verbales del monarca. La finalidad de las anécdotas y comentarios bochornosos a los que alude don Miguel en estos textos no es otra que revelar la insensatez de un gobernante indigno de su cargo, y de su gente, y desacreditarlo, o peor, inhabilitarlo. Los desatinos de don Alfonso cobran además otro nivel de significado cuando se presentan en el marco de los acontecimientos de esos días, como puede verse en «Una cuartilla»:

A propósito del asesinato de los pobres condenados de Vera, no tengo sino que recordar unas palabras que oí de labios de don Alfonso XIII, testigo el conde de Romanones. Al hablarle yo de la intangibilidad de la Guerra Civil y de cómo se agarrotó en Alicante a un gitano a quien no se debió, en justicia, condenar a muerte, y decirle que hay que acabar con el verdugo, él me contestó que también aquí, en Francia, hay pena de muerte; y añadió, refiriéndose a la guillotina: «y menos mal aquí, en España, que es, al fin, sin efusión de sangre». Se les ha hecho, pues, a los pobres desgraciados de Vera la gracia de que no les hayan fusilado con efusión de sangre los guardias civiles. (Urrutia León, 2009: 201)

La realidad concreta histórica –de su España y de su situación de desterrado– acentúa fuertemente la emoción del combatiente y la del publicista que intenta

con sus palabras motivar a sus compatriotas para que, como él, luchen no contra la tiranía, «sino contra los ladrones que la ejercen». En «Orden es justicia» acusa a Alfonso XIII de contribuir a trastornar «con siniestros propósitos» la obra de responsabilización y de justicia que se había emprendido en el país antes del golpe para castigar los atropellos cometidos por sectores del Ejército y del Gobierno, y lo alecciona sobre cómo salir medianamente airoso del caos que él mismo ha creado:

Si es que don Alfonso llegó a adquirir alguna vez conciencia moral y religiosa de su cargo y conserva algo de ella, si es que sabe y siente a lo que la función en que lo colocó la Providencia, le obliga, su deber hoy, su sagrado deber ante la Patria y ante la Historia y ante la Humanidad y ante Dios, es restablecer el orden perturbado por la serie de crímenes que han seguido al crimen del 13 de Setiembre, es hacer que se procese y encarcele a los criminales, que se vuelva a abrir el proceso de las responsabilidades, y rendirse él mismo a este proceso, someterse a él y pedir que se le juzgue. Que es el único medio de satisfacer la conciencia.

La última vez que vi a don Alfonso, oí de sus labios –el conde de Romanones puede atestiguarlo– que sí, que era de justicia exigir todas las responsabilidades y las de todos, incluso las suyas si le alcanzasen. «Hasta las mías, si me alcanzasen». Y esto, que también se lo había oído el señor Sánchez Guerra, es la posición moral y honrada. El escudarse en la irresponsabilidad constitucional sería, en su caso, una infamia, o aún más: un crimen. (Urrutia León, 2009: 211)

Las catilinarias que le dedica a don Alfonso en *España con Honra* están a su parecer justificadas: se trata al fin y al cabo de combatir «actos arbitrarios e injustos». Durante la etapa del exilio, Unamuno defiende en todo momento el uso de improperios para pelear contra los tiranos que humillan y afrentan a España. De todos conocidos son los comentarios que hace al respecto en la conferencia que pronuncia en el Ateneo de Madrid el 2 de mayo de 1930: «Desde el primer momento, creí que contra una dictadura cimentada sobre la fuerza, no había otro recurso para destruirla que la fuerza misma. Pero hay fuerzas de fuerzas: hay la fuerza de la espada y la fuerza de la pluma» (Unamuno, 1986: 82). Por eso cuando el general Vallespinosa condena públicamente las injurias de Pedro Sainz Rodríguez en el acto de inauguración del nuevo curso de la Universidad de Madrid, don Miguel (2012) defiende el denuesto:

Las serenas regiones de la doctrina son para debatir doctrina, pero cuando se trata de debatir actos arbitrarios e injustos, tropelías tiránicas del Poder, entonces es noble, santo y justo lo que usted llama insulto. San Juan Bautista insultó al rey Herodes y fue por ello decapitado. Tácito insultó a los tiranos de Roma. Víctor Hugo insultó a Napoleón el Chico. Podría aumentar los ejemplos. Y es que hay, más aún el derecho, el deber de insultar, de eso que usted, jurídico militar, llama insultar, cuando se hace movido de un noble, nobilísimo sentimiento y un móvil desinteresado y alto. El amor a España y a la Justicia exige hoy que se insulte a un Poder arbitrario que está deshonorando y envileciendo a la Patria. (83-84)

Se emplean términos muy similares en otra carta abierta, dirigida al presidente interino del Directorio Militar, Sr. marqués de Magaz, y firmada por Eduardo Ortega y Gasset, Blasco Ibáñez y el propio Unamuno el 7 de diciembre de 1924; misiva que se publica en el primer número de *España con Honra* (el 20 de diciembre de ese mismo año) para mostrar una de las muchas protestas por la ejecución de los procesados por los sucesos de Vera, pero establece claramente el modus operandi de la revista:

[...] consideramos legítimo cuanto se haga para derrocar una Dictadura que nos envilece y nos degrada ante el mundo, y cuando creamos contar con medios adecuados para tal fin, ocuparemos sin alardes, pero sin titubeos, nuestro puesto. Ahora bien, éste será el que nos señale nuestro deber, y no el que intente discernirnos la fe desleal de unos adversarios sin normas de justicia, ni aun de delicado respeto a la honra ajena. (Unamuno, 1981: 21-23)

Como ya se ha comentado, la intemperancia expresiva de estos artículos, acorde con el carácter libelista de la revista, se presta bien además al propósito de Unamuno de enardecer a los españoles para que se sacudan el miedo, para que denuncien abiertamente los atropellos y crímenes del Directorio, para que proclamen la verdad y pidan ellos también justicia. Vemos este empeño en «A nuestros amigos» y en el artículo «No cabe elevar el tono», aunque también exterioriza su frustración contra aquellos que piden arengas y soflamas a los exiliados.

Su ya citada carta abierta «A don Alfonso de Borbón y Habsburgo-Lorena todavía Rey de España» que publica el semanario el 23 de mayo de 1925 se desvía de la rudeza con la que había expresado su antialfonsismo hasta ahora. Se nota claramente aquí el abatimiento que siente el confinado y el cansancio del combatiente. La misiva, inspirada en la lectura de unas declaraciones recientes del monarca para el diario *Paris-Midi* donde este presume de la libertad que hay en España, vuelve a obedecer el designio de mostrar el grado de cretinismo y frivolidad del soberano, pero es el dolor y no la rabia el sentimiento dominante:

¡Tenga piedad de la pobre España, señor, tenga piedad de la pobre España! No añada a su opresión el sarcasmo. No se burle de ese pobre pueblo abatido. Lo leía sin quererlo creer; me frotaba los ojos, en que asomaban lágrimas de vergüenza. Para querer negar la evidencia, y es que se encarcela ahí a gentes sin el menor proceso, se les obliga a cambiar de domicilio, se les multa, se les persigue; dice, señor, que puede uno beber, después de media noche, todos los anises del mundo y se puede gritar, berrear y cantar por las calles hasta las cinco de la mañana. Esta es la idea que de la libertad tiene el Rey de España. ¡Poder emborracharse y poder berrear por la calle rompiendo el sueño de los honrados vecinos! ¡Libertad de emborracharse con anís o con *cocktail*, y hasta pronunciar discursos después de borracho! Tenga piedad, señor, tenga piedad de la pobre España y no añada sarcasmo frívolo a la degradación que la hace sufrir. (Urrutia León, 2009: 222)

Muy diferente es el concepto de libertad de Unamuno, que comparte en esa otra carta abierta, esta vez «a los estudiantes Señores don... don... y don... estudiantes» que aparece en *España con Honra* una semana después (el 30 de mayo de 1925), a pesar de haber sido escrita con antelación a la que le dedica al monarca. El texto rezuma desaliento. Dice llevar «cerca de cuarenta [años], dando con el saber que he logrado adquirir el jugo de mi corazón, encendido de pasión por nuestra España, por la libertad y la verdad y la justicia, que es, os lo repito, la libertad de la verdad». Sabe que todavía le queda camino por andar, batallas que lidiar, pero no sabe a ciencia cierta si volverá jamás de su destierro. Claramente el entusiasmo de esos primeros días en Francia se va evaporando conforme se prolonga la situación en España –y con ello su situación de exiliado–, y conforme decae el interés por ambas en el extranjero, inclusive entre aquellos compatriotas que en su día lucharon vehementemente a su lado. Es el caso de Blasco Ibáñez, quien tras su vuelta a Menton parece desencantarse con el proyecto de *España con Honra* y dejarlo de lado<sup>22</sup>. El futuro, pues, se presenta incierto, pero a pesar de todo Unamuno no se lamenta de haber luchado y de seguir luchando por la España con la que siempre soñó con pasión:

[...] jamás me arrepentiré de haber contribuido a barrer esa podre, «venga lo que viniese», y a haber salvado de la gangrena de la barbarie «pundonorosa, caballeresca y de cruzada» a esa nuestra patria, aunque la cueste cualquier dolorosa amputación. Mejor con libertad y más chica, que sierva y más adelantada, pero no más grande; mejor con dignidad pero débil y triste, que tiránica e injusta y opresora, aunque fuerte y alegre. Aborrezco la alegría del tirano; sea el tirano un hombre, sea un pueblo. Ved por qué me siento ya derrotado. Y al escribiros estas líneas dolorosas, aquí al pie casi del Arco de la Estrella, que dice en piedras victorias –las más mentirosas– de un imperio que trató de domeñar a España, siento como si estuviese trazando mi testamento. (Urrutia León, 2009: 225)

Unamuno se siente solo en esta su lucha por la verdad y la justicia y por enjuiciar las acciones indecorosas y los defectos morales de sus gobernantes, o, en el caso de *España con Honra*, específicamente de Alfonso XIII. Parece ceder el relevo, como se nota en «El estudiante», «No cabe elevar el tono» y «La esencia del viejo régimen», que van a ser los últimos artículos que elabore para el semanario. En ellos anima a sus lectores a luchar contra órdenes injustas y contra quienes las dictan. Insiste en que lo que importa son los hombres, no los programas políticos ni los principios porque «en política –y política y no otra cosa son la gobernación y la administración–, lo que cuenta son los hombres. Los programas apenas significan cosa alguna. Y en punto a hombres la diferencia salta a la vista» (Urrutia León, 2009: 229).

Los artículos que Miguel de Unamuno escribió para *España con Honra* durante su exilio voluntario en París ofrecen sin lugar a dudas una perspectiva más definida de una campaña política que había quedado relegada a un segundo plano no solo por la primacía adquirida por la crisis existencial que experimentó el escritor en la gran urbe, sino por la difícil tarea de recolección a la que contribuyen factores –asociados a todo destierro– tales como la censura, la clandestinidad,

la diseminación o incluso la desaparición de documentos claves. París, y más concretamente los primeros meses de residencia allí, representan un momento significativo en su campaña patriótica. El revuelo mediático que lo recibe en Francia, donde acaba de triunfar el Cartel des Gauches, así como la existencia de una colonia numerosa de españoles opositores al régimen primorriverista, le confortan y alientan, y recupera casi instantáneamente los ánimos para continuar esa lucha contra la injusticia y por la verdad iniciada antes de ser deportado a Fuerteventura, pero cuestionada cuando la estancia en la isla se va alargando.

Además, hay que notar la concurrencia de otras dos circunstancias en esta etapa: el interés de Alba –quizás el ministro más castigado por la Dictadura– por desvelar y comprometer (sin comprometerse él) al rey Alfonso XIII y a los miembros del Directorio y la resolución de Vicente Blasco Ibáñez de hacer caer al monarca e instaurar una República en España. Ambos van a financiar el semanario *España con Honra*, aunque solo el segundo pone su nombre y su pluma, al servicio de esta causa. El carácter panfletario de la revista –idóneo para la campaña de difamación a la que se dedican en estos momentos Unamuno y Blasco Ibáñez– y la estridencia expresiva con la que muestran, reitero, su resentimiento hacia Alfonso XIII confirman la energía que aún dedica don Miguel a denunciar los abusos de gobernantes y la complacencia de muchos gobernados. Vemos, pues, que ni deja de lado la política ni nunca cesa de hacerla, a pesar de los altibajos anímicos que experimenta durante esta etapa, y que quedan reflejados sobre todo en la correspondencia íntima de este periodo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARCO LÓPEZ, V. del. *España con Honra*, un semanario contra la dictadura de Primo de Rivera. *Studia Histórica*, 1988, 6-7, pp. 113-142.
- CARDONA, G. *Alfonso XIII, el rey de espadas*. Barcelona: Planeta, 2010.
- CAUDET, F. Blasco Ibáñez: Por España y contra el rey. *Revista de Estudios sobre Blasco Ibáñez/Journal of Blasco Ibáñez Studies*, 2013, 2, pp. 23-43.
- ESPLÁ, Carlos. *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París: (Recuerdos de un periodista)*. Buenos Aires: Araujo, 1940.
- GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G. *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*. Madrid: Alianza, 1988.
- GASCÓ, E. *Genio y figura de Blasco Ibáñez: agitador, aventurero y novelista*. Valencia: Ajuntament de València, Delegación de Cultura. Servicio de Publicaciones, 2012.
- JUARISTI, J. *Miguel de Unamuno*. Madrid: Taurus, 2009.
- MADRID, F. *Los desterrados de la dictadura (Reportajes y testimonios)*. Madrid: España, 1930.
- RABATÉ, C. y J-C. *Miguel de Unamuno. Biografía*. Madrid: Taurus, 2009.
- REIG, R. *Vicente Blasco Ibáñez*. Madrid: Espasa, 2002.
- ROBERTSON, D. Una guerra de palabras. Primo de Rivera y Unamuno en *Le Quotidien*. *Cahiers du CRIAR*, 1985, 5, pp. 107-121.
- SALCEDO, E. *Vida de don Miguel*. Salamanca: Anthemia, 1998.
- TUSELL, J. y G. QUEIPO DE LLANO. *Alfonso XIII. El rey polémico*. Madrid: Taurus, 2002.
- UNAMUNO, M. de. *Crónica política española: 1915-1923*. (V. González Martín, ed.). Salamanca: ALMAR, 1977a.

- UNAMUNO, M. de. *Cómo se hace una novela*. P. R. Olson (ed.). Madrid: Guadarrama, 1977b.
- UNAMUNO, M. de. *De Fuerteventura a París, Diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos*. Bilbao: El Sitio, 1981.
- UNAMUNO, M. de. *Dos artículos y dos discursos*. D. de Robertson (ed.). Madrid: Fundamentos, 1986.
- UNAMUNO, M. de. *Cartas del destierro: entre el odio y el amor (1924-1930)*. Colette y Jean-Claude Rabaté (eds.). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2012.
- URRUTIA JORDANA, A. *La poetización de la política en el Unamuno exiliado: De Fuerteventura a París y Romancero del destierro*. Salamanca: Ed. Univ., 2003.
- URRUTIA JORDANA, A. El diario de un desterrado: el otro relato personal [y confinado] de Unamuno en Fuerteventura En A. Chaguaceda (ed.): *Miguel de Unamuno, estudios sobre su obra. Salamanca, Casa-Museo Unamuno, 23 a 25 de octubre de 2003*. Salamanca: Ed. Univ., 2005, pp. 107-112.
- URRUTIA LEÓN, M. Miguel de Unamuno y España con Honra. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 2009, 47, pp. 193-234.

## Notas

<sup>1</sup> Manuel M.<sup>º</sup> URRUTIA LEÓN (2009) es quien más recientemente ha estudiado la colaboración de Unamuno en el semanario, reproduciendo 15 (de los 17) artículos que escribió don Miguel para esta revista. Anteriormente, Valentín del ARCO LÓPEZ (1988: 113-142) había documentado el hallazgo de 34 números del semanario (de un total de 37) en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores y en la sede del Palacio de Santa Cruz, y presentado un índice completo de los artículos, cartas, etc., que integran cada ejemplar.

<sup>2</sup> Durante su confinamiento en la isla, Unamuno arremete con mayor saña contra Primo de Rivera, sobre todo en los sonetos y comentarios de *De Fuerteventura a París* (URRUTIA JORDANA, 2003).

<sup>3</sup> El anuncio se hace mostrando lo que podría ser la carátula del libro (URRUTIA LEÓN, 2009: 223). Aparece el nombre «Miguel Primo de Rivera, Marqués de Estella» en la parte superior, luego en el centro el título «Manifiesto del 13 de septiembre 1923» y el hecho de que se trata de una edición crítica del documento («prólogo y comentarios por Miguel de Unamuno») y, por último, en la parte inferior se lee: «Edit. Excelsior. Paris». Cabe mencionar que Unamuno va a continuar sus ataques contra don Alfonso en Hendaya como muestran los romances que escribe en torno al rey para su *Romancero del destierro* y los artículos que redacta para *Hojas Libres*.

<sup>4</sup> Se publicaron nueve artículos en la revista madrileña entre agosto y diciembre de 1924, y diez en la argentina entre octubre de 1924 y febrero de 1925; más adelante, en agosto de este último año, saldría un nuevo artículo en *Caras y Caretas* de Buenos Aires.

<sup>5</sup> Así lo indica su hijo Fernando en la carta que desde Las Palmas le envía a Concha el 12 de julio de 1924: «El velero [...] no llegó a Puerto Cabras hasta el [día] 7 después de que ya les habían comunicado la amnistía, cosa que nos ha molestado mucho a todos porque hubiera sido un golpe estupendo que se hubieran dado a

la fugado el día antes de la comunicación de su libertad. El plan era irse a la isla Madera y de allí a Portugal o Francia. Como ya no había por qué seguir ese plan han venido aquí y saldremos en el primer barco que vaya a Francia, probablemente el 16 para Marsella o el 17 para Burdeos». Carta cedida por Miguel Unamuno Adarraga (Fondo Unamuno-Adarraga, Casa-Museo Unamuno de Salamanca).

<sup>6</sup> Tanto la carta de Primo de Rivera como la contrarreplica de Unamuno fueron publicadas el 26 de agosto de 1924 en *Le Quotidien*. El recorte de periódico con ambos textos se encuentra en el Archivo Conde de Romanones de la Biblioteca de la Real Academia de Historia [BRAH], 58/42. David ROBERTSON (1985: 107-121) analiza este enfrentamiento entre Primo de Rivera y Unamuno.

<sup>7</sup> La Casa-Museo de Unamuno en Salamanca guarda (entre la correspondencia del escritor) la nota que Unamuno recibió del periódico animándole a que se refiera en su artículo a alguno de los comentarios de Primo de Rivera. Signatura 39/143.

<sup>8</sup> Véanse a este respecto los sonetos XXVII, XLI, XXXVII, XLII y CII de *De Fuerteventura a París* y mi comentario (2003: 140-141).

<sup>9</sup> En dicho artículo Unamuno recrimina las quejas poco efectivas de sus «amigos» y les recuerda la importancia de que estos les envíen a París «no soflamas, no proclamas, no programas, sino denuncias concretas, datos, datos».

<sup>10</sup> Ver las cartas n.º 31 (4-VIII-1924), n.º 34 (14-VIII-1924), n.º 37 (11-IX-24), n.º 38 (17-IX-1924), n.º 39 (22-IX-1924), n.º 45 (16-XI-1924) y n.º 49 (4-XII-1924) del epistolario (2012: 76-92).

<sup>11</sup> Manuel M.<sup>º</sup> URRUTIA LEÓN (2009: 195) da toda suerte de detalles sobre la tertulia -nombres de quienes llegaron a participar en la tertulia, horario aproximado y anécdotas-. UNAMUNO la menciona en *Cómo se hace una novela* (1977b: 59-60).



<sup>12</sup> El comentario aparece en la carta que le escribe a Ramón Castañeyra el 29 de diciembre de 1924 y que va a reiterar en la que le dirige a Jacques Chevalier del 20 de febrero de 1925 (UNAMUNO, 2012: 96 y 112-113). Ya hemos visto que también emplea términos similares en *Cómo se hace una novela*, como puede verse en el pasaje que hemos reproducido anteriormente.

<sup>13</sup> De estos pormenores también se ocupa Francisco CAUDET (2013: 30). En la carta que don Miguel le escribe el 29 de diciembre a su amigo Ramón Castañeyra se comenta el éxito del folleto: «Les supongo enterados del folleto de Blasco Ibáñez, del que acaso haya llegado a esa algún ejemplar. Es increíble el efecto que producido en el Gobierno y en los sostenedores de la tiranía» (2012: 97).

<sup>14</sup> Los números de *España con Honra* no deambularon tanto como UNAMUNO esperaba ya que son varias las cartas en las que muestra su enfado ante la actitud cobarde de muchos españoles que temían represalias por distribuir ejemplares de la revista. A su hijo Fernando le dice en enero de 1925: «Si no circulan ahí es por el miedo estúpido de los que los reciben. [...] Creo que con un centenar de hombres decididos se propusieran en Madrid salir con ellos por medio de la calle, leyéndolos en público, tenían que renunciar a seguir persiguiendo. Lo del miedo que hay ahí a pasar dos o tres días en la cárcel es algo que da grima y bochorno». En términos similares se expresa en la carta que le dirige a Joaquín Casaldueiro ese mismo mes. Y en marzo de 1925 escribe en la posdata de una carta a Concha: «A los que reciben ahí el semanario que no es para coleccionarlo sino para hacerlo circular; cuando lo hayan leído ahí, en Salamanca, enviarlo a otra parte» (2012: 105, 109 y 115). También Blasco Ibáñez comenta la escasa divulgación que tuvo el folleto en España en su carta a Alba del 3 de abril de 1925: «Recuerde usted el fracaso que representó la publicación de mi primer folleto en lo que se refiere a España. Solo pudimos introducir unos cuantos centenares por correo, y los enemigos se valieron de esa falta de difusión para atacarme con toda clase de calumnias» (Archivo Alba, BRAH).

<sup>15</sup> Parece que en junio de ese año la revista ya estaba en apuros. Se lo comenta don Miguel (2012: 130) a Rocés en una misiva fechada el día 25: «Y encima correr con nuestro pobre semanario *España con Honra* que cada día lleva una vida más lánguida, pues ni se logra que pague los más de los suscritores ni que ayuden para que entre en ésa por el único camino seguro -bajo sobre como carta-, ni tiene ayuda de otra clase. Por eso sale con tanto retraso y tan atropellado. Y como ahora está muy delicada de salud la mujer del Dr. Luna que era la que hacía las fajas y sobres y obra de mecanografía todo se retrasa».

<sup>16</sup> Las burlas y acusaciones contra Alfonso XIII aparecen también en los sonetos V, VI, VII, XI, XII, XIII, XIV y XIX (Unamuno, 1981).

<sup>17</sup> Más tarde en la conferencia que da en el Ateneo de Madrid el 2 de mayo de 1930 aclara el comentario en el contexto de la conversación que tuvo en París con

el embajador de Cuba en España: «Inmediatamente me dijo [el embajador]: 'Vengo de allí, de España, y ya ve usted lo que pasa; pero yo creo que no hay que confundir al Rey con la dictadura.' ¡Ah! Bien -me dije-, este es embajador. Entendido. Y le dije: 'No, ni hay que confundirlo ni hay que separarlo.' Luego añadió: 'Ya sé que alguna vez ha dicho usted que así como según la leyenda, el cadáver del Cid lo montaron en un caballo para que ganara una última batalla contra los moros, usted cree que el Rey, política y moralmente es un cadáver; pero conviene conservarlo para dar una última batalla a los pretorianos.' 'Sí -le dije-, es probable que lo haya dicho, entonces estaba equivocado, pero dígame usted de mi parte, que para enterrarle luego, no para que por esa hazaña de cadáver se le perdona» (UNAMUNO, 1985: 73-74).

<sup>18</sup> Según Genoveva GARCÍA QUEIPO DE LLANO (1988: 147-223) Blasco Ibáñez fue el autor de la «leyenda negra» de Alfonso XIII en los tiempos de la Dictadura; dice asimismo que fue ante todo antimonárquico y que el rasgo que comparte con Unamuno durante este periodo es su «personalismo agresivo» contra el rey y contra Primo.

<sup>19</sup> Don Miguel menciona o alude a Alba en otras ocho cartas del epistolario que escribe en París. Blasco Ibáñez envía varias misivas al exministro entre mayo de 1924 y agosto de 1925 en las que salta a la vista el papel de orientador político que ejercía este sobre aquel, la preferencia del político por la comunicación oral y las desavenencias entre ambos en lo relativo a la revista -da la impresión de que Alba reprobó en más de una ocasión el progresivo desinterés de Blasco Ibáñez por *España con Honra* a partir de 1925, tras su vuelta a Mentón-. A pesar de que el nombre de Alba no consta como financiador del semanario, los comentarios de Blasco Ibáñez en una carta fechada el 4 de agosto de 1925 evidencian este hecho: «En los primeros meses de 'España con Honra' di tres mil francos al mes. Luego dejaron de contribuir los catalanes y tuve que dar mil francos más para cubrir este déficit. Ahora si usted deja de contribuir tendría que dar cinco mil francos al mes, y no estoy dispuesto a pagarlos» (Archivo Alba, BRAH).

<sup>20</sup> Se pueden encontrar referencias a la carta de Santander en el epistolario del destierro (UNAMUNO, 2012: 89, 93 y 97).

<sup>21</sup> Unamuno alude a muchas de estas frases alfonsinas en *De Fuerteventura a París* (URRUTIA JORDANA, 2003: 127-156).

<sup>22</sup> Las cartas que dirige a Alba permiten adivinar las recriminaciones que este le hizo por desentenderse del semanario y del «Comité Revolucionario de París». Sirva como ejemplo la misiva fechada el 3 de abril de 1925: «Su carta resulta de lo más inoportuna y usted se convencerá de ello al hablar conmigo, pues espero indudablemente que cuando se entere de mi actividad reconocerá que se ha equivocado. En lo del periódico tiene usted razón, pero esta una consecuencia de mis absorbentes ocupaciones en otro orden de actividad» (Archivo Alba, BRAH).

RESUMEN: En este artículo destaco el ensañamiento de Miguel de Unamuno con Alfonso XIII en los ensayos que escribe para *España con Honra* durante el exilio del escritor en París (entre julio de 1924 y agosto de 1925). Arguyo que el antialfonsismo de Unamuno es mucho mayor del que las cartas íntimas de la época dejan entrever, y que, a diferencia de lo que se ha dado por válido sobre esta etapa del destierro, el animal político aparece claramente delineado.

*Palabras clave:* exilio; política; Alfonso XIII.

ABSTRACT: In this article I examine Unamuno's rage against Alphonse XIII in essays written for *España con Honra* during the writer's exile in Paris (from June 1924 until August 1925). My argument highlights Unamuno's mounting anger at the King, a contempt far more intense than the previously known letters from the period have demonstrated; Unamuno the political animal comes clearly into focus, contrary to accepted critical assumptions of this often overlooked period.

*Key words:* exile, politics, Alphonse XIII.

DOI: <https://doi.org/10.14201/ccmu.28056>